

cojo, enredó sus piernas entre la yerba y rodó por el suelo. Corrió Burtell á ayudarle; y colocándose delante del tigre, hizo fuego sobre él en el momento que iba á dar un nuevo furioso salto. Esta vez Henry le alojó dos balas en la espaldilla, á tres pulgadas de distancia una de otra. Herido de muerte el tigre, se revolvió con rabia, haciendo volar piedras, bambúes y tierra á su alrededor.

Al ver que el tigre hacía tales contorsiones y movimientos sin moverse del sitio, Henry se adelantó hacia el tigre pistola en mano.

—¡No adelantéis, en nombre del cielo! ¡no adelantéis!—gritaron á la vez Fitz-Wall y Larreya, que conocían por experiencia las costumbres y ardidés de la fiera.

El tigre, al que todos juzgábamos muerto, dió un salto supremo y desesperado. En un abrir y cerrar de ojos derribó á dos cipayos y á un pobre *ryot*, al que magulló la cabeza de una manotada; cinco de los nueve perros que se habían arrojado sobre el tigre fueron también muertos y despedazados por la fiera. Pero fué el último esfuerzo del tigre. Sonaron varios disparos y cayó para no volver ya á levantarse.

Mientras los cazadores rodeaban, unos al tigre y otros al mayor y á Burtell, se oyeron, allá á lo lejos, gritos confusos y varios disparos. Era otro tigre que se escapaba y sobre el que disparaban varios cipayos é indígenas; le alcanzaron algunas balas, pero pudo ponerse en salvo.

Tratamos de poner los perros en su seguimiento, pero el calor era tan intenso, que los pobres animales apenas podían seguir el camino.

Llovieron felicitaciones sobre de los arrojados cazadores; y tras dos horas de descanso, y reunido el pequeño ejército, regresamos á Naurughabad, ó sea al campamento.

Era ya tarde, y todos sentíamos fatiga y hambre. Antes de ponernos en marcha, contamos el botín de caza. Consistía en un tigre, dos leopardos, dos *nílghans*, un *mokr* (gran ciervo) y veinte jabalíes, y gran número de piezas menores.

No fué mal día para los devotos de San Huberto.

Los europeos no habíamos sufrido ningún grave accidente; perecieron tres indígenas, pero en la India es menuda cosa la vida de aquellos infelices.

Terminado el recuento de las piezas de caza, se cargaron sobre de un elefante el tigre y los leopardos, y el resto sobre de una carreta tirada por bueyes. Al anochechar llegamos al campamento.

Ofrece también subido interés una narración de caza

de Anquetil. El lugar de la escena es la Birmania, á algunas leguas de Ngyoun-góo; un bosque frondosísimo, en cuyo centro la brisa riza las aguas de un lago. Las crónicas y leyendas, pobladas de visiones y de recuerdos, suponen que en el fondo de aquellas aguas existen las ruinas de un monasterio desaparecido entre las convulsiones de un terremoto.

Las orillas del lago, donde brotan en abundancia y florecen lianas, bambúes y cañaverales, están poblados de caza.

«Allí me dirigí,—dice Anquetil,—en compañía del barón de L..... seguidos de varios criados europeos é indígenas.

Seguía á pie las orillas del lago, algo apartado de mis compañeros, en compañía sólo de un indígena portador de mi carabina. Acababa de disparar sobre una bandada de aves acuáticas mi fusil de dos tiros, y el indio corrió á recoger las piezas muertas y heridas.

De pronto se oyó un rugido penetrante y horrible, que fué repercutido por las soledades de las selvas y por las breñas vecinas, seguido de un pisoteo rápido, y un tigre salió de una cortina de verdura, y tronchando arbustos y ramaje apareció á unos cuarenta pasos.

El indio se detuvo, apuntó é hizo fuego. La fiera lanzó un nuevo y terrible rugido y siguió su carrera.

Se hallaba el tigre sólo á unos veinte pasos, cuando el indígena disparó segunda vez.

Un grito pavoroso, un grito de angustia y dolor, siguió al disparo. El tigre se había abalanzado sobre su adversario, y derribándole le clavaba en la nuca sus aceradas garras.

Solté mi inútil fusil, y con el revólver en la mano derecha, y empuñando el cuchillo de monte con la izquierda, me preparé...

Era imposible disparar, pero el hombre y el animal formaban una masa informe. El tigre, rojas y dilatadas las pupilas, sus fauces sanguinolentas, y agitando furiosamente la cola, abandonó el cadáver del indio, horriblemente mutilado.

Volvióse contra mí,—dice Anquetil,—pero sonaron seis disparos, y por fortuna todos dieron en el blanco, y el tigre rodó por el suelo, lanzando un gruñido estridente y convulsivo.

Al oír tal estrépito, todos los cazadores acudieron al lugar de la lucha.

El pobre indio ofrecía un espectáculo horrible y repugnante; y los dedos crispados de su mano apretaban con fuerza aún la culata de la carabina, y con la otra empuñaba el cañón;... la madera estaba rota, y el cañón abollado, llevando aún impresas las garras del tigre.

El terrible animal era una hembra; estaba tendido en el suelo, inclinado sobre el costado izquierdo, rígidas, entecas y encrespadas las garras; los bigotes erizados, contraídos los párpados, y sus fauces goteaban sangre, espuma viscosa y sanguinolenta. Era un tigre real, de pelo de raso de color leonado de oro y cruzado de rayas negras é irregulares. Su talla y grandor, la finura de sus extremidades, la gracia de todas sus formas, pregonaban que era adulto; en efecto, tenía unos siete ú ocho años.

La primera bala del infeliz indio se había deslizado por las costillas del animal, rozando su flanco derecho; la segunda había penetrado en las carnes, en el nacimiento de la paletilla. Una pulgada más abajo habría roto la articulación y muerto al tigre.

Dos de las seis balas de mi revólver, habían roto las mandíbulas del tigre. Las otras habían entrado en el pecho y rozado una de ellas el corazón.

Apenas hubimos terminado tan minuciosa inspección, un indígena de la tribu de Laos, diestro cazador, examinó á su vez el animal; y, comprimiendo con sus dedos sus mamas redondas y reptas, hizo brotar un líquido blanco y amarillento. Esto fué un rayo vivísimo de luz para el indígena, que empuñó el alfanje y se puso á registrar el terreno, malezas, zarzas y espinos. El barón y yo seguíamos los movimientos del Laos, presos de la mayor emoción é interés.

El terreno formaba allí una punta que se internaba en las aguas del lago, y era craso, húmedo y ofrecía unas veces señales de profundas huellas y otras no tan perceptibles. El Laos examinó cuidadosamente estas trazas y su disposición. Los tigres habían acudido á apagar la sed, y, á su regreso, habían cambiado de ruta.

Había un sitio donde las malezas, plantas y yerbas manifestaban señales de haber sido pisoteadas, como si allí numerosos animales hubiesen hecho alto. El Laos notó que una de las huellas pertenecía á la tigre, y eran más vigorosas y acentuadas que las otras; se dirigían hacia la izquierda.

Esto le bastó;... cuarenta pasos más lejos lanzó una alborozada exclamación.

Sobre un florido y perfumado lecho de nymfeas, lotos y junquillos, se hallaban acurrucaditos dos menudos tigres, algo mayores que gatos de Angola, lucientes y redondos. Tenían tres semanas, y, á lo sumo, un mes de edad.

El Laos levantó, con la punta de su *dah*, la cortina de verdura, y los diminutos felinos abrieron los ojos, alargaron sus garras, mostraron sus dientes y dejaron

oír un mal humorado gruñido. El indígena les dió un golpe de plano con su alfanje y quedaron aturridos.

Sujetó las patas de los animalitos con lianas; y, habiéndose despojado de su *patsóo*, envolvió en él á los pequeños tigres, y con este trofeo, colocado al extremo de un palo, siguió su camino.

Los cazadores regresaban, cruzando el bosque. El barón y yo,—dice Anquetil,—íbamos á la cabeza, departiendo sobre las vicisitudes de la jornada.

De improviso, un sopló fibio acarició mi mejilla, y sentí que una mano me cogía dulcemente por la cintura. La voz grave del Laos deslizo á mi oído estas palabras:

—Jefe, ¡alerta!

—¿Qué quieres?

—No avances.

—¿Qué ocurre?

—Un tigre,—murmuró extendiendo el brazo.

Mientras se cruzaba rápidamente este diálogo, cogí el fusil, que descuidadamente llevaba colocado en bandolera.

Un pequeño montículo de doce á quince pies se elevaba en los linderos del camino, y sobre aquél un copudo y gigantesco árbol (mangouitan), rodeado de florecientes y grandes malvaceas. El tigre, apoyado en el tronco del árbol y replegado sobre sí mismo, oculto entre la verdura, sólo mostraba su cabeza y fijaba en nosotros sus ardientes pupilas.

Esperé á que llegásemos á unos treinta pasos, sin duda para lanzarse de improviso, de un salto, sobre nosotros. Cuando nos paramos para disparar, la fiera comprendió que había sido descubierta, é hizo un ligero movimiento instintivo hacia un lado, como si buscara un sitio por donde escapar.

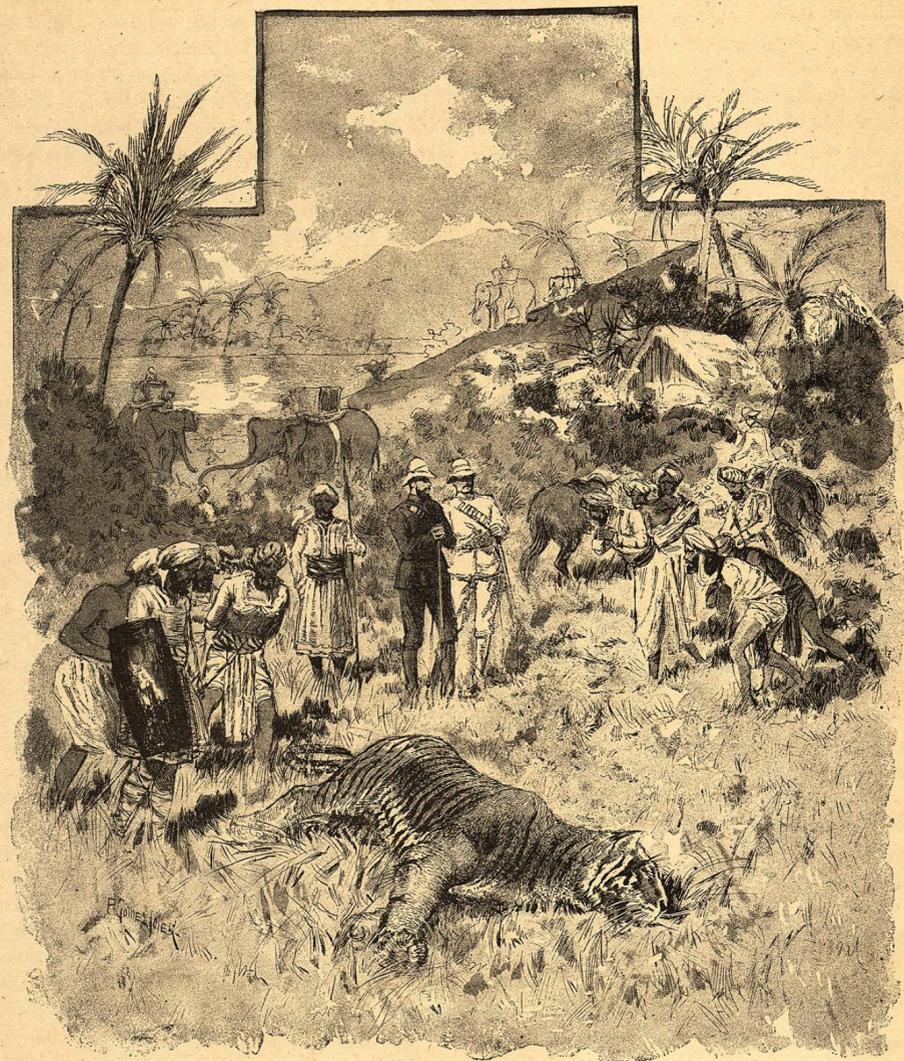
Fué éste sólo un rápido y veloz intento; pues el tigre, impulsado, bien por su naturaleza sanguinaria, ó por su aliento y valor, volvió el rostro, y, replegándose sobre sus jarretes de acero, se aprestó á lanzarse sobre de nosotros.

Al verlo grité vivamente: «¡Uno! ¡dos! tres!... ¡fuego!»

El tigre cayó en el camino, aplomado, á cinco ó seis pies de la eminencia; tal era su fuerza impulsiva. Mas, lo que me maravilló, fué que el animal no exhaló ni un grito, ni un rugido. Quedó allí, tendidas las patas delanteras, plegadas debajo su cuerpo las traseras, y el hocico oculto en el polvo. Parecía dormido; pero ¿estaba bien muerto? ¿ó bien sólo aturdido?

Avanzamos con precaución, cargando de nuevo las armas, mientras que nuestra gente apuntaba las suyas.

Al ver al tigre inmóvil, quise disparar sobre de su



El tigre muerto

cabeza, desde respetuosa distancia, porque el tigre, lo propio que el león, tiene en sus últimos momentos accesos de furor en extremo peligrosos. Si caéis bajo sus garras en tales instantes, estáis perdido sin remedio; su pata os aplasta, sus uñas os desgarran, sus dientes triturarían vuestros miembros,

El Laos me disuadió de tal intento, diciendo que estropearía la piel. Me rogó tanto que le dejase obrar, que accedí á ello, pero sin dejar, por esto, de apuntar al tigre.

El Laos depositó en el suelo su fardo. Empuñando su *dah* con ambas manos, asestó tan vigorosa tajada



Lucha entre el tigre y el león